

Que no se utilice la economía

UNA gran cuestión atrae la atención de todos: ¿qué va a salir de las elecciones generales del 28 de octubre? La pregunta es política, pero la trascendencia es sobre todo económica.

Pocas veces la economía se ha convertido como ahora en el tema sustancial del debate político. La política sigue a la economía. La política trata de dar respuestas, pero los interrogantes brotan de una situación nueva, ante la que los partidos tienen que redefinir sus posiciones. La crisis política alemana es una ilustración de esto.

El mundo lleva ya casi diez años de inestabilidad económica. Lo que empezó con la elevación de los precios del petróleo ha subsistido cuando la crisis inicial se daba por superada. Los gobiernos controlan difícilmente la inflación —en realidad, no lo gran controlarla—, el paro sube lenta pero amenazadoramente. La actividad económica permanece estancada. El déficit público no logra reactivarla; tampoco la reducción de impuestos surte efectos, cuando menos con la rapidez deseada.

Todos los países tratan de capear la tormenta como pueden. Al otro lado de los Pirineos, hemos visto dos devaluaciones del franco en poco tiempo y ahora se trata de evitar la tercera. ¿Quién podrá admirarse de que también entre nosotros la situación económica sea realmente grave?

No hay que esperar al día siguiente de las elecciones para decirlo, ni para convocar a todos a un esfuerzo decidido y solidario, puesto que todos vamos en el mismo barco. Los sacrificios que habrá que pedir, las fórmulas que habrá que proponer, no tienen por qué esconderse tras unos juegos artificiales de acusaciones o el espejismo de unas promesas fundadas en buenos deseos. Comprendemos que los políticos confíen en sus partidos y en sus programas, pero el país necesita un debate lo más claro y realista que sea posible.

Pero, sobre todo, hay una cosa que resultaría trágica: la utilización, con fines políticos —sea por quien sea—, de una situación evidentemente delicada. Una cosa es el desenvolvimiento de la actividad económica según sus reglas propias y otra la provocación de sacudidas, huracanes y otros defectos. Quien está en situación difícil puede ponerse en posición desesperada, quien lucha por resolver sus problemas puede caer bajo un vendaval de rumores. Por eso nos parece oportuno hacer una llamada al sentido de responsabilidad de todos.

No se utilice la economía para hacer política. Lo que necesitamos y vamos a necesitar, sean cuales sean los resultados, es que se haga política, y buena política, para mantener a flote la economía de la que todos vivimos. Debate económico, sí, y a fondo. Quebrantos económicos provocados con miras políticas, no. Cuanto más delicados los momentos, más serenidad hace falta, mayor sentido de la responsabilidad se requiere.

El papel del Senado

LOS senadores pueden tener más papel que el Senado. En nuestro ordenamiento constitucional no es, en efecto, muy grande el que desempeña la Cámara Alta. Se dice mucho, y con razón, que tendría que ser la Cámara de las autonomías, algo así como lo que es a veces en los estados federales. «El Senado es la Cámara de representación territorial», dice ya la misma Constitución. Pero...

Tampoco se aprovechó la vía abierta en la primera legislatura, con los llamados senadores reales, personalidades de la vida académica o simplemente cultural y social que realizaban con su prestigio, saber y criterio el papel de los representantes del pueblo.

Sin estar amparada por el texto constitucional, la tendencia a buscar en el Senado nombres y rostros que prestigien la representación popular subsiste. Pero no siempre los partidos alcanzan a dejar sitio para ellos en los primeros puestos.

Por fortuna, hay otro margen de utilidad política abierto en la elección a senadores: y es el de completar con un voto hasta cierto punto distinto la elección al Congreso. Cabe la expresión de motivaciones específicas y complementarias.

En Cataluña, por ejemplo, habrá listas socialistas y listas comunistas para el Senado. Pero habrá también una coalición que comprende a Convergència, Unió Democràtica y Esquerra Republicana: es, pues, una lista nacionalista de coalición. No se sabe aún a ciencia cierta si los partidos de centro y de derecha presentarán también cada uno su propia lista. Eso parece indicar el hecho de haberse cerrado el plazo legal para establecer coaliciones. Hay quien dice que cabe presentar una lista de nombres que hasta cierto punto signifique una opción distinta y complementaria de la coalición nacionalista en el ámbito de centro y derecha. Pero la incógnita no se ha despejado aún.

Los partidos luchan por encontrar nombres que atraigan al electorado. Pero eso tiene una dificultad por parte de los invitados —no siempre la vida política resulta tentadora— y otra por la de los partidos, cuyos dirigentes raramente se resignan a ceder el sitio al que creen tener derecho por su militancia y tiempo de servicio. Ahí se advierte acaso una ventaja en los partidos nuevos.

El resultado es que el Senado puede cumplir funciones propias, no ya en el desarrollo de sus actividades, sino en el mismo momento de la elección, como indicador complementario de preferencias. Bueno sería, en definitiva, hacer algo para no dejar al Senado en el deseado papel de pariente pobre de nuestra representatividad.

DE vez en cuando, en discursos, artículos o declaraciones, no pocos políticos de Madrid y provincias —casi todos de derechas, hay que reconocerlo— se sacan de la manga ese del «modelo de sociedad» como tema polémico. No me sorprendería, además, que, ante las próximas elecciones generales, se multipliquen las referencias, y hasta aparezca alguien que lo convierta en argumento agresivo... A mí, la verdad, estas cosas me parecen una tomadura de pelo. O peor: son ganas de enturbiar unas aguas que, en cuanto al particular, son limpiísimas. Porque, díganme ustedes, ¿qué partido —hablo de los llamados «parlamentarios», por supuesto— pretende aquí otro «modelo de sociedad» que no sea el existente? Y no es sólo que sus representantes en Cortes hubiesen jurado expresamente la Constitución: es que sus respectivos programas se basan, ni más ni menos, en ese «modelo de sociedad» que, por rutina, todavía denominamos «democracia liberal». Nadie va con la menor intención de alterar el «statu quo». Y, si en algunos escaños se sentaban —o vuelven a sentarse— «señorías» con propósitos malignos, y pido disculpas por el adjetivo, se los ha callado y se los callará.

Obviamente, estoy pensando en los partidos que, también por rutina, seguimos considerando de «izquierdas». Cambiar el «modelo de sociedad», aunque fuese mínimamente —si es que caben mínimos en tal terreno—, equivaldría a hacer la revolución, una revolución, y, desde luego, ello no entra en sus cálculos. Basta escuchar a sus portavoces. La misma palabra «revolución» ha quedado proscrita del vocabulario usual, y apenas suena o resuena en los arrabales extremistas, literalmente «extraparlamentarios». Puede que haya un par de excepciones embutidas en lo que fue el «grupo mixto», pero eso no pasa de ser testimonial, y no cuenta. En el fondo, las discrepancias suelen ser de matiz, y, a menudo, en los años recién pasados, tendían a ser rápidamente arregladas mediante pactos. Aquello de que el «pactismo» era una tradición catalano-aragonesa habrá que ir dejándolo de lado: será otra especie de «pactos», pero «pactos» son, ¡y qué «pactos»! La ciudadanía aún no ha conseguido enterarse de lo ocurrido, y no importa (o no les importa, a «ellos»).

No se le puede negar lógica al episodio de la «transición», sin duda. No es esto lo que discuto. Lo chocante es ver cómo, poco a poco, en el mundo político español —esos tres o cuatro mil individuos que lo componen, entre la capital del Reino y sus sucursales— ha habido un curioso deslizamiento hacia la derecha, que, en efecto, deja vacío el sitio que en cualquier «democracia liberal» europea pertenecía a la izquierda. No hay que atribuirle la causa a los acontecimientos del 23-F. El movimiento comenzó mucho antes. ¿Quién no recuerda la taxativa abjuración que de Marx hizo el PSOE? Y eso que, para los socialistas españoles —de Pablo Iglesias a Largo Caballero, pasando por Prieto, Besteiro o De los Ríos—, Marx nunca dejó de ser una mera alusión doctrinal, y con frecuencia mal

Nada cambiará

Modelos de sociedad

entendida. El PC abandonó la lectura de Lenin. Hace unas semanas, Santiago Carrillo exclamaba: «En España, los únicos socialistas somos nosotros». Muy bien. Tomándole al pie de la letra también se explican muchas cosas: los comunistas han pasado a ser socialistas, o, como ellos mismos escribían en sus libros y en sus panfletos, ¡y no hace tanto!, «socialdemócratas» (e incluso «socialtraidores»). El hecho, en definitiva, es que todo el mundo se empuja hacia la derecha, hasta el punto de que la verdadera derecha, la de siempre, corre el riesgo de ser desbordada.

LA nomenclatura oficial de los partidos —de estos partidos— casi carece de significado, si alguna vez lo tuvo. El «centro» improvisado en UCD se ha resquebrajado: con una causa evidente, y es que no estaba constituido por «centristas» sino por puros y diáfanos derechistas, unos más y otros menos. Y, o mucho me equivoco, o el señor Fraga se saldrá con la suya: no en lo de la «mayoría natural», pero sí en lo de la «derecha natural», quizá mayoritaria, quizá no. Está por ver, y los comicios inmediatos lo revelarán. El hueco «centrista» dejado por la UCD lo ocupa ya, y con los mayores méritos, el PSOE. Bajo el signo de la «moderación» a que se compromete —y cumplirá—, el PSOE es una opción electoral a la que puede adherirse cantidad de gente, sin descartar las madres ursulinas (en la hipótesis de que quede alguna, cosa que ignoro). Al fin y al cabo, los demás partidos «socialistas» europeos, hasta ahora, no se han portado mal: han sido dóciles, gubernamentales, «pactistas». El «modelo de sociedad» establecido no se pondrá en cuestión, si ganan. Ni mucho menos. Y el eurocomunismo del PC, por la fatalidad consiguiente, se erige en la izquierda parlamentaria: en lo poco de izquierda que el Parlamento español permitirá. Y sin Lenin como brújula, o escondido, los comunistas españoles son capaces de derivar hacia un «revisionismo» permanente.

Este es el mapa, y la población con derecho a voto decidirá. Ahora bien: cualquiera que sea el resultado de las elecciones de octubre, la victoria será de la derecha, la apadrine Fraga o la apadrine González. No hay por qué preocuparse, y si la Bolsa se conmueve y los empresarios amplían sus refugios financieros en Suiza, será porque la fauna del dinero es tonta. No habrá «nacionalizaciones», si el PSOE sube al poder. Y si hubiese alguna, sería como las de siempre: para «nacionalizar» pérdidas. Las «autonomías» quedarán tan frenadas como si mandase el señor Martín Villa. Y las Fuer-

zas Armadas continuarán siendo el «poder fáctico» por antonomasia, y el ex diputado Múgica, conocido comensal del general Armada, se encargará de arreglarlo. Naturalmente, la derecha-derecha, la de las «cavernas», enarbolará el pendón de la «amenaza marxista». ¿Quién es marxista en este pedazo de geografía? Alguno habrá. No en el PSOE, por descontado, y poquísimo en el PC. En esa «amenaza» no creen ni Fraga, ni Ferrer Salat, ni siquiera Blas Piñar...

Y, en última instancia, eso es lo triste. El «modelo de sociedad» no cambiará. A nadie le conviene que cambie. El verdadero problema es otro: ¿Cómo hacer funcionar, en lo posible, ese «modelo de sociedad» que escogió el votante español cuando se inclinó por la actual Constitución? Los sucesivos gobiernos de UCD han demostrado una incapacidad gloriosa. ¿Cómo pudo esperar el señor Suárez «salir del paso», si tuvo como asesor áulico al señor Abril Martorell, ponga por ejemplo? Cualquiera «modelo de sociedad» se aguenta y perdura, a pesar de los pesares, porque cuenta con recursos para ello, y ahí está la Historia (con mayúscula) para demostrarlo. Hasta cierto punto, claro está, y no es éste el caso. Pero el «modelo de sociedad» escogido por las urnas puede ser un desastre si cae en manos ineptas. Uno puede preguntarse por el fracaso de UCD, organización apoyada —¿sólo moralmente?— por los más altos clanes de la burguesía. Y esa burguesía está descontenta. No será porque UCD tenga veleidades «marxistas»: sencillamente, fue o es un tinglado de ineptos. No confío en la alternativa del PSOE.

La «oposición», mientras no llegó al poder, suele disponer de un crédito: como no ha gobernado, no se ha puesto en ridículo gobernando. En ridículo y en algo peor: la burguesía española, que ha respaldado a la derecha que propició la «transición», ahora podría —y debería— exigir un rendimiento de cuentas a sus títeres. ¿Por qué consintieron que «sus gobiernos estuviesen constituidos por individuos que no sabían lo que se traían entre manos? Que el señor Suárez no supiese sumar ya era una amargura. Pero no era eso lo importante: ni Cánovas ni Romanones ni Maura tenían ni idea de números. Sólo que, en el momento en que vivimos, en los últimos años que hemos vivido, en el «modelo de sociedad» asumido, si era imprescindible disponer de una «clase política» hábil. Pero no: hemos soportado —con Suárez— ministros de Economía que, ingenieros agrónomos, nunca supieron distinguir entre un cardo y una patata. Tampoco Marcelino Domingo sabía más, y así le lució el pelo. Y el futuro es igualmente hosco. Con un gabinete del PSOE, la burguesía no ha de temer por el «modelo de sociedad», inamovible: tenemos que echarnos a temblar, burgueses y no burgueses, por el próximo año, sucesor de los anteriores, que prolongue la estupidez administrativa. En las listas electorales lo veremos...

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que disponemos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

buen clima de estudio, así lo exigen.

Miquel MOLINS I VALLS

Más sobre los boy scouts

Hemos leído en «La Vanguardia» del 28 de agosto un artículo sobre el LXXV aniversario de la fundación de los «boy scouts» por Baden Powell, y junto a él aparece una información titulada «El «escultismo», actividad con arraigo en Cataluña», cuyos datos nos gustaría que usted nos permitiera ampliar y aclarar, con lo siguiente:

1.º — El escultismo en Cataluña es muy anterior a 1927, pues en 1911 se crean los «Exploradores Barceloneses» que meses después se fusionan con la «Asociación Nacional de los Exploradores de España-Boy Scouts Españoles», asociación que sigue existiendo con el nombre simplificado de «Scouts de España» y que está actualmente celebrando su LXXV aniversario. Como dato del arraigo aludido, diremos que en Barcelona y en ocasión de la exposición de 1929, los exploradores celebraron un campamento internacional en el que participaron 2.000 «scouts» de 14 países.

2.º — Los «Minions de Muntanya» de Josep Maria Bautista i Roca, fueron una asociación scout y no figuró como tal en la Organización nacional y menos en la mundial.

3.º — Si fueron «scouts» los organizados por mosén Batlle en la década de los años 40, con un claro sentido confesional y regionalista.

4.º La vida al aire libre —excursionismo, acampada, etc.— es consustancial con las actividades scouts, pero todo eso y otras cosas, son medios para una meta educativa más importante: la formación del carácter.

Enrique GENOVES
Secretaría de Divulgación

«Un símbolo para Barcelona»

Señor Director:

Admiradora del arte de nuestro Joan Miró y asidua lectora de su periódico, no me explico cómo ha podido publicarse un artículo como «Un símbolo para Barcelona» en el cual nuestro gran artista, en manos, en las malas manos de Lluís Permanyer, navega absurdamente en puro disparate, con el Pantocrator de Taüll, el monumento a Colón, La Dama del Paraguas, la Fuente de Canaletas, miopes, envidiosos, grumetes y trasatlánticos. De pena.

Por el prestigio del periódico y en defensa de Miró, lamento tal disparatada «loa», a todas luces impudicable por su evidente descontrol y extravagancia. Regina CORTES

Señor Director:

Es posible que Lluís Permanyer tenga toda la razón del mundo cuando afirma en su sección «País» del día 10 de este mes cosas como las siguientes: «Quieren bautizar el Escorxador, Parc de la Pau, cuando lo que procede es llamarlo Parc de Joan Miró». «Esta obra —la escultura de Miró—, está llamada a hacerse en seguida mundialmente famosa». «La Sagrada Familia es un pastiche que jamás podrá colar como Gaudí». «La dama del Paraguas o la fuente de Canaletas no deben representar plásticamente a Barcelona» y dice parecerle oportuno plantear al Ayuntamiento la promoción de esta obra como símbolo de la ciudad.

Es posible, digo, que tenga toda la razón, pero como el tema que trata no pertenece al mundo de las verdades incontrovertibles, igualmente posible puede resultar que no la tenga. Y es ciertamente curiosa la contumacia del señor Permanyer en mostrar la radicalidad de sus valoraciones sobre el hecho ar-

tístico. Hasta tal punto es fidelísimo defensor de unos criterios, que cierta vez llegó incluso en esa misma sección, a tratar muy graciosamente de asnos y borricos —no recuerdo bien la expresión que utilizó—, a quienes no comprendían lo trascendente de que el pintor Tapiés mostrara en sus cuadros una primicia: el uso del barniz. Dice el autor alemán Peter Hamm —refiriéndose a ciertos críticos—, en la página 7 de su obra «La crítica de la crítica»: «¿De dónde sacarán tales personas su sabiduría, su convicción, su fe, su seguridad, su vocabulario? ¿De quién y cómo dependen? ¿Se trata de escritores o de personas dedicadas a las relaciones públicas? Y por último la pregunta fundamental: ¿A quién sirven si sirven a alguien...?». Y en la página 21 se lee: «¿Quien cree tener que reaccionar con un compromiso férreamente partidista, ya sea como izquierdista o como vanguardista o también como cristiano social neutraliza su propio juicio?». Claro que puede que todo lo que afirma Hamm no tenga base ni sentido algunos, pero para mí lo que dice «cuela» tanto como lo que más pueda colar a juicio del señor Permanyer.

Pau MISERACHS SALA

La Biblioteca Central

Señor Director: La Biblioteca Central, de la que yo hago bastante uso por mi condición de licenciado en Derecho, no goza de sistema de control alguno de los libros de texto propios que pueda llevar consigo el estudiante o consultante. El interesado lector debe dejarlos en el guardarropa y, prácticamente, llegar a la biblioteca con papel y bolígrafo.

Es paupérrimo que esto suceda en la mejor biblioteca de la ciudad; sin ir más lejos, la biblioteca de la Facultad de Derecho, que en modo alguno puede competir con la anterior, goza de un sistema de control que, aunque rudimentario, cumple su cometido.

La importancia práctica de necesitar un libro propio en determinado momento, así como lo idóneo del lugar ofreciendo un